



UNIVERSIDAD BÍBLICA  
**LATINOAMERICANA**  
PENSAR • CREAR • ACTUAR

BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS  
BACHILLERATO EN CIENCIAS BÍBLICAS

## LECTURA SESIÓN 4

# CTX 121 EDUCACIÓN CRISTIANA

Schipani, Daniel. “Introducción”, “Esbozo de una teoría de la educación cristiana”. En *El reino de Dios y el ministerio educativo de la iglesia*, 13-25 y 155-163. Miami: Caribe, 1983.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

## Introducción

### *La educación cristiana: un concepto general*

La consideración de un tema tan central e importante como el que nos ocupa, requiere que comencemos estableciendo un concepto de la educación cristiana que sea de fácil comprensión y útil para tener en cuenta en el desarrollo del estudio, así como en nuestro propio compromiso con este ministerio de la iglesia. Proponemos en consecuencia adoptar la siguiente definición que, aunque sencilla, contiene los ingredientes fundamentales a que deberemos hacer referencia luego:

*La educación cristiana consiste en los esfuerzos deliberados, sistemáticos y sostenidos, mediante los cuales la comunidad de fe se propone facilitar el desarrollo de estilos de vida cristianos por parte de personas y grupos.<sup>1</sup>*

La educación cristiana incluye “esfuerzos deli-

berados, sistemáticos y sostenidos” por parte de la iglesia. Esto significa que los programas y los procesos han de ser debidamente planeados, intencionales, y con propósitos claramente definidos y fundamentados. Tales programas y procesos han de estar organizados en forma coherente, y conectados entre sí según una cierta secuencia. En realidad, toda la vida y la misión de la iglesia encierran variadas formas de *aprendizaje*. Al referirnos a esfuerzos deliberados, sistemáticos y sostenidos, queremos decir que necesitamos hacer de tal aprendizaje una experiencia y un proceso de *educación*.

La comunidad de fe se propone “facilitar el desarrollo” de personas y grupos. Esta parte de la definición subraya el hecho de que la educación cristiana es un proceso que tiende a hacer posible o a crear las mejores condiciones como para que ocurra un desarrollo muy especial. De hecho, este desarrollo es en sí un proceso que dura el resto de la vida, como un peregrinar o como una carrera, para emplear dos imágenes bíblicas.

El sentido y la meta del desarrollo que deseamos facilitar no es la “autorrealización” o alguna otra forma de ideal humanista, sino “estilos de vida cristianos”, es decir, expresiones concretas y particulares del discipulado. Esto implica varias cosas, entre las cuales debemos destacar ahora las dos siguientes: Primero, en la educación *cristiana*, tanto el contenido como los métodos, en cuanto a fines y medios, deben ser cristianos. En segundo lugar, para facilitar de veras el desarro-

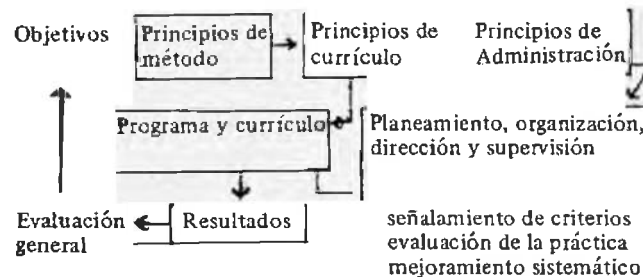
llo de *estilos de vida* cristianos, necesitamos tener una visión muy amplia y profunda —de hecho, muy bíblica— del aprendizaje y de la educación. Toda la personalidad, y todas las áreas del comportamiento están comprometidas en el proceso: el pensamiento, los sentimientos, la voluntad; “cuerpo, alma y espíritu”; reflexión y acción. Es bueno recordar que en el pensamiento hebreo antiguo la educación se entendía como el medio de ayudar a las personas a crecer en la semejanza de Dios mismo. La educación comprendía, básicamente, la formación de la persona “buena”, es decir aquella que anhela y que hace lo que es justo, lo que es la voluntad de Dios. En el cristianismo se continuó con una concepción similar, en el sentido de que el propósito central de la educación es de orden moral, es la vida de acuerdo a la salvación o “salud” por excelencia (comunidad con Dios, con el prójimo y con uno mismo). En este contexto judeo-cristiano, la fe se entiende como fidelidad y como una *còsmovisión* y un sistema de valores, y la educación es sencillamente el proceso mediante el cual la fe se despierta, se alimenta y se desarrolla.

A la luz de estas consideraciones, podemos entonces reafirmar que la educación cristiana ha de apelar a la vida completa de las personas en la comunidad de fe, y debe consistir en los esfuerzos deliberados, sistemáticos y sostenidos, mediante los cuales tal comunidad procura que las personas y los grupos en su medio desarrollen estilos de vida cristianos.

## 16 / El ministerio educativo de la Iglesia

Ya que hemos compartido una definición de la educación cristiana, podemos considerar brevemente el campo que comprende esta disciplina (como teoría) y esta tarea y empresa (como práctica). La teoría es obviamente la clave para la comprensión y el mejoramiento de la práctica. Así como dice el refrán, que “la vida sin examinarse no es digna de ser vivida”, la educación cristiana que no se practica y evalúa, a menudo tampoco vale la pena.

El diagrama siguiente puede ayudarnos a visualizar rápidamente las distintas dimensiones de la educación cristiana y su interacción dinámica, tal como quedan sujetas a la consideración teórica.



En el caso de la educación, una teoría adecuada no es sino un conjunto de principios para la práctica efectiva, especialmente en lo que respecta a metodología, currículo y administración. En los capítulos 3 y 4 ampliaremos las consideraciones teóricas en términos de principios educativos para la acción.

Con estas ideas en mente, podemos continuar

nuestra reflexión pasando al siguiente punto, que es una referencia al desafío que surge del análisis de la situación general de la educación cristiana en nuestro contexto histórico-cultural.

### **Nuestro desafío**

Cuando observamos el panorama de la educación cristiana en América Latina y el Caribe, de inmediato surgen varias consideraciones críticas. La situación general presenta serias deficiencias. Por un lado, se tiende a reflejar varios de los problemas del sistema escolar prevaleciente (sobre todo, un enfoque “bancario” de la educación, como diría Paulo Freire).<sup>2</sup> Por otra parte, se incorporan en forma acrítica los materiales, métodos y formas de organización que auspician agencias misioneras y casas publicadoras ubicadas en los Estados Unidos.

Una queja que se menciona a menudo es el problema de la falta de recursos en cuanto al *currículo* (entendido éste como *materiales para la enseñanza*).<sup>3</sup> Diferentes iglesias y denominaciones aluden a la necesidad de elaborar materiales que respondan a los requerimientos actuales, tanto en lo que respecta al contenido doctrinal como en lo relativo al contexto cultural en el que el ministerio docente tenga lugar. Hay varios proyectos en marcha en este sentido, y aunque las intenciones son loables en términos generales, no siempre se advierten otros problemas presentes (además del relativo al currículo en el sentido limitado del término) en la situación de la educación

cristiana en nuestro medio, como veremos muy pronto. En términos generales, el énfasis principal se ha puesto en la obtención de resultados cuantitativos, con una mínima consideración de la teoría y la práctica en sus fundamentos y ramificaciones.

Se ha podido identificar ciertos patrones consistentes y similares en diversas áreas del llamado Tercer Mundo, además de América Latina. Los problemas que tenemos en común y la similitud de los programas, parecen atribuibles en gran medida al hecho de que hemos heredado las mismas estructuras eclesiales transplantadas por los misioneros desde los mismos países (Estados Unidos y Europa, generalmente). Como bien señala Gerson Meyer,<sup>4</sup> la importación de programas que fueron preparados para encajar en otra cultura y contexto social incluyó el trasplante de contenidos, organización y metodología. Meyer subraya acertadamente que aquellos patrones tienen ciertas características que deben modificarse:

—Un enfoque demasiado conservador y fundamentalista de la Biblia y de la doctrina cristiana.

—Una falta de conexión —o verdadera disociación, en muchos casos— respecto a la realidad social que la iglesia vive, y donde sus miembros actúan, testifican y sirven.

—Una mentalidad de “ghetto”, aislada del mundo, con lenguaje “evangélico” y otras expresiones a menudo poco relevantes.

—Objetivos educativos muy estrechos y li-

mitados, que no apuntan a la persona toda y su interacción en la sociedad y el mundo.

—Un programa educativo fragmentado, como se percibe en la frecuente desconexión entre la escuela bíblica dominical y otros procesos, como el estudio bíblico semanal o la orientación a la juventud.

Tales características, en su conjunto se han constituido en un factor poderoso que impide el desarrollo de un programa de educación cristiana creativo y realista a la luz de las necesidades y posibilidades de la iglesia de hoy. Podríamos proveer muchos ejemplos más específicos del tipo de problema identificado. Con sentido de auto-crítica, debemos reconocer, entre otras cosas, lo siguiente:

Nuestros *programas y materiales* con frecuencia no están debidamente “contextualizados”. Dependemos demasiado de recursos foráneos. Las meras traducciones y adaptaciones no pueden tomar en cuenta adecuadamente las situaciones regionales y locales.

La *escuela bíblica dominical* a menudo está desconectada de otras dimensiones de la vida y misión de la iglesia, tales como la adoración, el cultivo de la comunión fraternal y de los ministerios pastorales tales como la predicación y el consejo.

Los *objetivos* de nuestros programas suelen estar predeterminados en términos de “ganar almas”, “enseñar la Biblia”, o “mejorar la calidad de los miembros”. El problema obviamente no reside en que aquellos no sean legítimos o desea-



bles, sino en que tiende a haber un énfasis exclusivo en la experiencia y la acción *dentro de la iglesia*. Es decir, el peligro está en que pensamos en la educación cristiana como algo para la iglesia, sin mayor conexión con la vida cotidiana donde la fidelidad cristiana se pone a prueba y donde se comparten la fe y la esperanza y el amor.

Nuestra *administración* tiende a ser copia fiel de la estructura que va desde el “superintendente” hasta el alumno, en sentido vertical, y donde las decisiones principales y la “enseñanza” ocurren a nivel de los que dirigen, es decir, desde arriba.

Nuestros *métodos* tienden a ser discursivos y expositivos, sobre la base de “lecciones” a enseñarse, siguiéndose servilmente las instrucciones de los expositores o manuales correspondientes en cuanto a contenido, explicaciones, ilustraciones, etc. Solemos imitar el modelo tradicional de “instrucción” (o “clase”) y de “escuela” (como institución escolar aparte). El problema es que a menudo no se advierten sus serias limitaciones y deficiencias, y sus puntos de contradicción respecto a lo que es la iglesia como *comunidad* de creyentes.<sup>5</sup>

Es cierto que también podríamos puntualizar varios rasgos positivos más allá de los problemas señalados críticamente. Pero nuestro desafío consiste en mejorar la calidad de la educación cristiana. Esto incluye la transformación y el reemplazo de lo que obstaculiza una mayor fidelidad al Señor, una mayor relevancia respecto al medio

socio-cultural, y una mayor pertinencia a la luz de las necesidades de la iglesia misma y de nuestros hermanos, cuyos estilos de vida anhelamos cultivar mutuamente.

El *propósito* que nos anima al escribir estas páginas es hacer una contribución a las reflexiones que comprometen hoy a los educadores cristianos a la luz del desafío y la oportunidad que se nos presenta. No existen dudas sobre la necesidad de mejorar y desarrollar este ministerio de la iglesia, tanto en sus aspectos teóricos cuanto en los prácticos. En particular, las carencias en el área de la fundamentación nos reclaman un esfuerzo especial en la articulación de una teoría de la educación cristiana. Esto es esencial para construir y recrear, cuando sea necesario, una base y un encuadre sólidos para una práctica educativa que sea efectiva y a la vez íntegra.

Nuestra *tesis principal* es que para que la educación cristiana sea efectivamente creativa y transformadora en el sentido recién señalado, debe orientarse según la imagen bíblica del Reino de Dios. Proponemos que así se comprenda el principio guía o principio rector, que explicaremos en detalle en los capítulos 2 y 4. Por ahora baste señalar que, por principio guía o rector entendemos el núcleo básico y central que ha de comunicarse a los participantes de la educación cristiana. Es el foco integrador que nos ayuda a entender y articular los objetivos, los métodos a emplear, y aun la administración de la educación cristiana.

Nuestra tesis afirma que la imagen (o el símbolo) del Reino de Dios proporciona un principio rector claro, adecuado y sólidamente fundado, el cual nos permitirá iluminar, orientar y evaluar la teoría y la tarea de la educación cristiana en nuestro medio.

Unas pocas palabras finales sobre el *método* y el *procedimiento* que hemos seguido. Partimos del hecho que la educación, como disciplina, tiene un carácter derivado y que por ende tal es también el caso de la educación cristiana. Es decir que en nuestro caso tenemos que tomar muy en cuenta en especial las contribuciones de las ciencias de la educación y de la reflexión teológica. Estos materiales deben examinarse en función de la realidad socio-cultural y la práctica educativa en particular, de modo que resulta una interacción muy dinámica. Por eso en nuestro estudio consideramos primero ciertas contribuciones fundamentales (en forma de ideas, observaciones, teorías) de orden pedagógico, psicosociológico y teológico especialmente. Ellas sirven como “materia prima”, por así decir, que nos ayudan a desembocar finalmente en una serie de principios de educación cristiana a partir del “principio guía”, como hemos señalado. Así es que nuestro método consiste, básicamente, en una conexión íntima entre práctica y teoría.<sup>6</sup> Y este método justifica el diseño y la secuencia que asume este ensayo. En la primera parte (capítulos 1 y 2) presentamos los *fundamentos* de la educación cristiana, y en la segunda (capítulos 3 y 4) los *prin-*

*cipios* que se derivan de aquéllos en diálogo con la práctica educativa misma.

## NOTAS

1. Utilizamos como referencia el artículo de John H. Westerhoff, "Toward a Definition of Christian Education", en el libro editado por el mismo autor, *A Colloquy on Christian Education* (Philadelphia: United Church Press, 1972), págs. 60-70.
2. *Pedagogía del oprimido* (Montevideo: Tierra Nueva, 1972), capítulo 2.

El problema de la educación cristiana en América Latina debe percibirse en el marco de la realidad socio-económica y político-cultural del continente, donde la Iglesia vive y actúa. Además, debe relacionarse con la situación de la educación en el plano más amplio. Reconociendo la complejidad del problema de la educación, y lo heterogéneo de sus características en distintos países y regiones, diversos organismos, oficiales y privados, religiosos y seculares, han señalado distintas facetas del mismo. Algunas de las críticas más severas pueden encontrarse en escritos relacionados con la educación cristiana, tanto evangélicos como católicos. A modo de muestra, incluimos a continuación dos citas:

"...la educación juega un papel muy importante en la reproducción de la sociedad...instrumento de transmisión de la ideología de las clases dominantes, justificando la desigualdad social e inculcando los valores morales fundamentales de su modelo de sociedad y de hombre..."

"La educación latinoamericana...Ha sido una educación elitista y discriminatoria...autorita-

## 24 / *El ministerio educativo de la Iglesia*

*ria y verticalista... falsamente neutral y apolítica... basada en la división y divorcio entre trabajo intelectual y trabajo manual...*” CELADEC (Comisión Evangélica Latinoamericana de Educación Cristiana), *Realidad latinoamericana y alternativa pedagógica* (Lima: CELADEC, 1981), págs. 19-22.

“Reconociendo las variantes que supone la situación en que vive cada país, podemos señalar ciertas características, más o menos comunes a la educación en A.L. El sistema escolar que absorbe del 13% al 33% de los presupuestos nacionales, adolece de males difícilmente curables...

“... el grado de retención es bajo... el analfabetismo tiene índices altos... Es común oír que, de mil alumnos que inician la primaria apenas 4 terminan la universidad... ¿Y qué de los métodos de enseñanza que se usan en nuestras escuelas? Aun tenemos el tradicional ‘dictador’: los alumnos repiten lo que el maestro ‘dicta’... Igual cosa podemos decir de los pocos textos escolares que se usan en las escuelas... simples instrumentos de comunicación de conocimientos, en lugar de ser guías de búsqueda... El Magisterio, por lo general, vive una situación de frecuente agitación...

“... la escuela actual atemoriza al alumno, en lugar de despertar su confianza. No es dialogal y, muy poco hace para despertar sentido crítico. De pocas escuelas se podrá afirmar que fomentan la creatividad. Lo que hacen es cultivar —mecánicamente— la memoria, llenándola de contenidos cuya relación de causalidad desconocen... Si se sostiene la apoliticidad de la educación, en la práctica, cuánto no se hace para volverla inoperante para el cambio. Se quiere

que sea mantenedora del statu quo y que esté al servicio de los sistemas de dominación...El problema se agrava cuando observamos que... desfavorece a los sectores más necesitados entre los marginados, vale decir, a los indígenas de nuestros pueblos". Jaime Calderón Manrique, *La teología de la liberación y el educador cristiano* (Bogotá: Confederación Interamericana de Educación Católica, Indo-American Press Service, 1980), págs. 18-19.

3. "Currículo" debe entenderse no solo en el sentido limitado de *materiales para la enseñanza*, sino también como el *plan sistemático* mediante el cual la Iglesia se propone llevar a cabo su ministerio educativo. El currículo (como "materiales" y como "plan") siempre debe considerarse dentro del marco más amplio del proceso y el programa de la educación cristiana, tal como sugiere nuestro diagrama.
4. "Patterns of Church Education in the Third World", en Marvin J. Taylor, ed., *Foundations for Christian Education in an Era of Change* (Nashville: Abingdom, 1976), págs. 231-241.
5. Es interesante advertir la similitud existente entre nuestra crítica y la de John H. Westerhoff con respecto a la educación cristiana en los Estados Unidos: *¿Tendrán fe nuestros hijos?* (Buenos Aires: Aurora, 1979), cap. 1. Esta similitud se comprende a la luz de dos factores: el trasplante a Latinoamérica, y el refuerzo subsiguiente, del *paradigma escolaridad-instrucción* (concepto que usa Westerhoff) y el hecho de que este importante autor utiliza en su enfoque ciertos fundamentos educativos y teológicos que en buena medida se identifican con los nuestros.
6. El método se explica en detalle en el capítulo 3.

## CAPITULO CUATRO

### ESBOZO DE UNA TEORIA DE LA EDUCACION CRISTIANA

En este último capítulo consideraremos ciertas implicaciones que se desprenden de nuestro principio guía,<sup>1</sup> y que responden a las categorías derivadas de la práctica de la educación cristiana. Estas categorías son esencialmente las preguntas claves que surgen del proceso y de la tarea docente de la Iglesia: ¿Cuál es la *meta* o el propósito principal de la educación cristiana? ¿Cómo ha de llevarse a cabo (*método*) tal proceso educativo? ¿Quiénes han de estar involucrados en esta empresa (*personal*)? ¿Dónde y cuándo ha de ocurrir el proceso educativo (*contexto y tiempo*)? ¿Cuál será el *contenido* de la educación cristiana? Es obvio que estas son también las preguntas claves que debe tener en cuenta toda teoría de la educación y, más específicamente, cualquier diseño curricular.

En las próximas páginas trataremos, pues, el contenido de la teoría de la educación cristiana,

o sea, *principios específicos que sirven como indicadores válidos y confiables para la práctica*. Tales principios educativos se establecen en la medida en que respondemos a aquellas preguntas claves que surgen del campo y de la práctica misma. Nuestras respuestas deben estar bien fundamentadas e informadas por una variedad de fuentes, tales como las que hemos considerado en la primera parte de este estudio (*Fundamentos*). Se tratará en realidad de ramificaciones de nuestro principio guía centrado en el Evangelio del Reino de Dios (el símbolo paradójico de la dádiva, la promesa, y las expectativas de Dios en la realidad de la nueva creación que irrumpe bajo el señorío de Jesucristo). Nuestra agenda actual es indicar cómo la educación cristiana puede reflejar y estar informada por el tema del Evangelio del Reino. En las próximas secciones de este capítulo responderemos a cada una de aquellas preguntas (y categorías) claves.

Esperamos finalizar nuestro estudio de manera tal que el argumento principal quede completado satisfactoriamente y —lo más importante— hayamos provisto cierta inspiración y dirección para el desarrollo de la educación cristiana en nuestro medio.

#### **A. EL PROPOSITO DE LA EDUCACION CRISTIANA**

Por propósito de la educación cristiana queremos significar la cuestión fundamental del *por qué*



y el *para qué*, o sea, el *objetivo básico*. ¿Por qué involucrarnos en la educación cristiana? ¿Cuál es el fin hacia el cual apuntamos y por el cual participamos en el ministerio educativo de la Iglesia? Este propósito puede presentarse en términos de las personas, el proceso y el contenido básico que están envueltos en esta tarea y esta experiencia tan especial. Se trata de la meta que debe proveer la dirección para todas las experiencias educativas en el programa. Debe actuar como criterio para planear y establecer objetos a corto plazo, actividades de aprendizaje, y recursos. Debe funcionar también como medio para evaluar el programa. Así que debemos indicar a continuación cómo nuestros fundamentos iluminan la cuestión del propósito de la educación cristiana.

Sobre la base de nuestro principio guía, podemos señalar en términos amplios y generales nuestra respuesta al doble interrogante con que comenzamos esta sección: *Nos comprometemos en la educación cristiana a fin de hacer posible que las personas de todas las edades se apropien del Evangelio del Reino de Dios.* “Apropiación” —hacer propio— significa aquí tanto la conversión como el desarrollo y el cultivo de un estilo de vida cristiano en el sentido de una fe viva en respuesta a la dádiva, la promesa, y las responsabilidades que el Reino implica.

Así planteado el propósito primordial de la educación cristiana, se destaca en primer lugar la necesidad de un *enfoque comprensivo* sobre la

cuestión del objetivo básico. Comprensivo en cuanto a las *personas*, porque toda la comunidad cristiana está envuelta; comprensivo en cuanto al *proceso* porque la educación cristiana ha de comprometer las diferentes dimensiones de la vida de fe (creer, confiar, y hacer)<sup>2</sup> así como la interacción social; comprensivo también en cuanto al *contenido*, porque la vida completa ha de percibirse y orientarse a la luz de la visión del Reino de Dios.

En segundo término, resulta evidente que el propósito fundamental de la educación cristiana debe ser *consistente con la misión de la Iglesia* de anunciar y ser una señal de las buenas noticias del Reino. La educación cristiana como tal simplemente incluye aquellos esfuerzos *educativos* (“deliberados, sistemáticos y sostenidos...”) tal como explicamos en la Introducción. Esta es la única razón para establecer una diferencia entre la misión de la Iglesia, en términos generales, y el propósito de la educación cristiana en particular.

En tercer lugar, resulta claro también que necesitamos traducir aquella formulación tan general sobre el propósito (“...que las personas se apropien del Evangelio del Reino”) a *referencias más específicas u objetivas* que puedan considerarse y utilizarse de veras como principios educativos.

Nuestras reflexiones bíblico-teológicas nos han conducido a considerar cuatro agendas interrelacionadas, a las cuales podemos retornar aho-

ra a fin de indicar las ramificaciones del objetivo general de la educación cristiana. Las formulaciones siguientes apuntan a establecer cuatro dimensiones del mismo propósito o meta general.

1. La “**apropiación del Evangelio del Reino**” implica *seguir a Jesucristo y responder al llamado al discipulado*. Esta afirmación supone que Dios ha tomado la iniciativa en Jesucristo, con quien de hecho el Reino es inaugurado, y cuya persona, enseñanzas, ministerio, cruz y resurrección, resultan normativos para la vida en respuesta al don, la promesa y las demandas del Reino de Dios. Por lo tanto, desde el punto de vista de la Iglesia, el llamado al discipulado y la afirmación del señorío de Jesucristo —lo cual requiere participación y compromiso en la comunidad de creyentes— resulta ser esencial.

2. La “**apropiación del Evangelio del Reino**” implica *promover la transformación social a favor del aumento de la libertad*. Esto es participar en la actividad recreadora y liberadora de Dios en medio de la sociedad y de la historia. El propósito de la educación cristiana, tal como se percibe a la luz de la agenda “secular”, es pues estimular la responsabilidad cristiana y el compromiso en el mundo. La transformación social a favor del aumento de la libertad humana se realiza de diversas maneras: al discernir y criticar radicalmente las estructuras injustas y opresivas y los valores y las prácticas que las sostienen; el involucrarnos en diversas clases de proyectos de servi-

cio; al orientar y asistir a los hermanos (individuos y grupos) en su compromiso vocacional en la sociedad; al descubrir alternativas más humanizadoras y ser un paradigma del Reino (“la ciudad asentada sobre un monte...” o, en términos católicos, un “sacramento” del Reino, o sea, una señal eficaz, que estimula la realización de aquello mismo que significa o anuncia).

3. La “apropiación del Evangelio del Reino” implica *conocer y amar a Dios* como Creador, Redentor y Sostenedor de la vida. Esto significa conocer y amar al Dios cuya voluntad es *shalom*, y que pone a nuestro alcance la libertad de la esclavitud y la alienación, y la libertad para crear y para cuidar y ejercer responsabilidad a través de Jesucristo. Esto modifica cierta comprensión fatalista y alienante acerca del *carácter de Dios*, y corrige también varias ideas erróneas acerca del *proceso* mediante el cual desarrollamos y cultivamos la comunión con Dios (es decir, el conocerle y amarle). Nuestros fundamentos educativos y teológicos claramente y en forma enfática apuntan a la praxis, al compromiso. En la Biblia, conocer y amar a Dios son sinónimos de hacer Su voluntad, guardar Su palabra, obrar justicia. Así que esta dimensión del objetivo básico de la educación cristiana y del currículo en particular, debe verse en términos de *fidelidad y obediencia*. Advertimos así también que esto nos lleva de regreso a las dos formulaciones previas (1 y 2) relativas al discipulado y al servicio.

4. La “apropiación del Evangelio del Reino”

implica —para usar palabras de Paulo Freire— “ser más” o “llegar a ser más humanos...” La conversión (en griego, *metanoia*) y el cultivo de un estilo de vida cristiano orientado hacia el servicio, proveen el contenido para aquellas expresiones un tanto vagas y generales. A nivel personal, e don de la salvación (básicamente otra manera de referirnos al don del Reino) incluye autoafirmación e integración y también la libertad para funcionar como seres creativos y responsables, como expresión de la identidad y la vocación cristianas. “Ser más humanos” es estar más cerca de Jesucristo como miembros de su comunidad mesiánica, y crecer en el conocimiento y el amor de Dios, como expresamos antes.

Estas ramificaciones del propósito central de la educación cristiana, expresado en general en términos de la apropiación del Evangelio del Reino, deben percibirse en forma íntimamente interrelacionada. De hecho, deben considerarse juntas, no sea que dejemos de ver el carácter comprensivo de aquel objetivo básico o que distorcionemos su contenido. En la práctica, cualquier progreso que apreciemos en una de aquellas cuatro dimensiones, necesariamente habrá de apuntar también a cierto progreso en relación con las demás. Una proposición sintética de la meta de la educación cristiana que proponemos, sería, entonces: *El propósito de la educación cristiana es facilitar que las personas se apropien del Evangelio del Reino de Dios respondiendo al llamado a la conversión y al discipulado en medio de la*

*comunidad de Jesucristo, la cual ha de promover la transformación social para el aumento de la libertad humana, hacer accesible el conocimiento y el amor a Dios, y estimular la plena realización humana y el desarrollo personal* (véase el diagrama de la página siguiente). El elemento verdaderamente liberador de este cuádruple propósito reside en el hecho de que la transformación de los seres humanos a que se apunta es auspiciada en términos del Reino de Dios. Por cierto, esto requiere que los demás aspectos de la educación cristiana sean consistentes con semejante ideal, y a ellos pasamos a dirigir ahora nuestra atención.

